

Cada cual al pasaje se pertrecha,
Y en algunos, llegados estos leños,
No dejó de reinar mala sospecha,
Porque les parecían ser pequeños;
Y por ningunas vías aprovecha
Pedir otros mayores a sus dueños:
Quedarse pues en tierra no cumplía,
Porque no menor riesgo se corría.

Bien como cuando huye delincuente
De la muerte que tiene merecida,
Y sabe que al pasar alguna puente
Corre terrible riesgo de la vida,
Y con haber aquel inconveniente,
Escoge por mejor la tal huida,
Porque podría ser que la ventura
Allí le diese puerta mas segura:

No menos los confusos y perplejos
Tomaron por consejos menos locos
Hacerse con los pocos a lo lejos
Que quedar entre muchos siendo pocos.
Hicieron pues sus pasos circunflejos
Reconociendo ya minaces cocos,
Y fiando fieles de infieles,
Entraron en los débiles bajeles.

Un remo cada cual, sin otra vela,
Porstrado sin lugar do se sentase
El español que siempre se nivela
De manera que no se ladease
La fútil y lijera canohuela
Y con algun vaivén se zozobrase,
Van navegando juntos desta suerte
Aguas ejecutoras de su muerte.

Yendo corriendo pues el alaguna
Con navios de vasos tan estrechos,
Sin los amenazar otra fortuna
De la que ya llevaban en los pechos,
Dieron el gran vaivén todos a una
Que requerían los conciertos hechos:
Quedaron zozobrados los navios,
Y en el agua personas y atavios.

Vereis al resollar de los caidos
Cómo las aguas eran embarazos,
Los unos totalmente sumergidos,
Otros que hacen remos de sus brazos,
Y algunos que si destos son asidos,
No sueltan aunque los hagan pedazos,
Pensando ser aquel de quien afierra
Bastante para lo sacar a tierra.

Aquel que sobre el agua se mostraba
A cabo de muy poco no parece;
Quien con bebidas aguas arqueaba
En ellas se desmaya y entorpece;
Otro que de sus brazos confiaba,
Por no saber dó ir también perece,
Y de veinte los diez y nueve leños
Habellos recogido ya sus dueños.

Porque los indios, hechas las traiciones,
Huyéronse del triste naufragante
Mas sueltos que delphinés ó tritones,
Llevándose los leños por delante,
Dándoles con las manos empellones
Por apartarlos mas del circunstante,
De los cuales el agua cuanta era
En un solo vaivén echaban fuera.

Mas de los españoles el caudillo,
Cuando las confusiones y alboroto,
Su leño nunca quiso desasillo,
Y dió de puñaladas al piloto;
Su nombre no queremos encubrirlo,
Ni cumple de memoria ser remoto,
Pues es el valeroso Juan Aceros,
Que vivos los tenía y muy enteros.

El espada sin vaina retenida,
Recogido no menos el escudo,
La canoa que tuvo bien asida
Desanególa lo mejor que pudo:
Apercibióse para la huida,
Después que se metió medio desnudo,
Con gran destreza la gobierna y rema,
Huyendo de la pérdida postema.

Mas los indios por no perder el lance,
Movidos del vigor con que él se mueve,
A grande priesa siguen el alcance
Todas las canohuelas diez y nueve;
El que huyendo va del duro trance
Cumple como varon con lo que debe,
Haciendo blandear el canaete
Oremo, que en el agua saca y mete.

Como caza que sacan los ventores
Del alto para mas llana carrera,
Do por desatinalla cazadores
Le dan terribles voces donde quiera,
Y aunque mas asombrada de clamores
Procura del peligro salir fuera,
En busca de jaral ó de espesura,
Do tampoco halló mata segura:

Tras el buen español, que no desmaya,
Así gritando va la gente perra;
El cual, imaginando dónde vaya,
Tenía por mejor tomar la tierra,
Y con sumo sudor tomó la playa,
Donde también halló gente de guerra;
Pero dejada ya la canohuela,
Armóse del espada y la rodela.

Conoce de sus hados el motivo,
Y el patente peligro no lo ablanda;
Para tomallo pues los indios vivo,
Rodéanlo por una y otra banda;
Los que venían tras el fugitivo
Perseveran también en la demanda;
Consulta sus potencias, y no alcanza
Refugio de que haga confianza.

Y conocida ya su triste suerte
Que con desconfianza lo convida,
Determinóse de vengar la muerte,
Antes de ver el cabo de su vida:
En un flaco lugar se hizo fuerte,
Con animosidad jamás vencida;
Y sus hechos en estas ocasiones
Sobrepujaron a las intenciones.

Porque los que llegaban mas exentos,
Con determinacion de echalle mano,
Volvían de sus golpes tan sangrientos
Que no los remediara cirujano:
Saltos veloces, bravos movimientos,
Con fuerza y valentía de tritano;
El espada no halla cosa dura,
Ni hueso do no haga coyuntura.

Viéndolo menear desta manera
La vil y mas que pérdida canalla,
Y cuán mal acababa su carrera
Aquel que mas cercano dél se halla,
Tomaron por partido desde fuera
Dar fin y conclusion á la batalla:
Tantos tiros y tanta piedra vuela,
Que le desmenzaron la rodela.

Por mil partes estaba traspasado
De piedras y de flechas mal herido,
De innumerable gente rodeado,
Por todos cuatro lados combatido:
El cuerpo grandemente fatigado,
El ánimo jamás enflaquecido;
Mas para ejecucion de sus intentos
Estaban flacos ya los instrumentos.

Y al tiempo que la luz resplandeciente,
Que todos los planetas señorea,
Quería ya meter la roja frente
En la cerúlea y espumosa dea,
Espíritu vital del combatiente
Cesó, poniendo fin a la pelea,
Del sueño de la muerte poseído;
Mas aunque muerto nunca fué vencido.

Quedaron con él treinta derrribados,
Otros cortados hombros y ternillas,
Y todos ellos atemorizados
De semejantes vueltas y rencillas;
Y los que después fueron castigados
Contaban cerca desto maravillas,
Y cómo, con estar el cuerpo vano,
Nunca soltó el espada de la mano.

Al pueblo pues llegado con Bonanza
El navio y á buena coyuntura,
Y vista de los veinte la tardanza,
Por cierta se juzgó la desventura:
Determinóse luego la venganza,
Que no fué segun dicen poco dura,
Y aun á los del ejército sangriento
También fué de trabajos gran aumento.

Los cuales referirse por estenso,
Con la necesidad de aquella era,
Sería navegar por mar inmenso,
Y nunca poner fin á mi carrera;
Pero para lo dar á lo que pienso,
Digo que en el compás desta frontera,
Demás de tanto mal ser insufrible,
La plaga de los tigres fué terrible:

Tan fieros, atrevidos y caninos,
Que, con ser en su guarda muy atentos,
Algunos de los miseros vecinos
Fueron de tales fieras alimentos,
O ya tomándolos por los caminos,
O sacándolos de sus aposentos;
Y en esta confusion y desventura
No podían dormir hora segura.

Hoy lo puede decir Fernán Gallego,
Que queriendo dormir en la ribera
Del alaguna, donde puso luego
Un pedazo de red por cabecera,
El tigre desego del entregro
Arrebató la red y la montera:
Ileso lo dejó, mas destocado,
Y para no dormir escarmentado.

Pues visto que la fiera le enseñaba
El modo de tener buena crianza,
Dejándole la gorra que llevaba;
Destocado y en pie tomó la lanza,
Y toda la mas gente que velaba
Se pusieron al fin en ordenanza;
Y aun esta vela fué por tales modos
Que do velaban dos velaron todos.

Y así viendo peligros tan cercanos,
Y cada cual el riesgo que corría,
Velaron con las lanzas en las manos
Hasta que ya llegó la luz del día;
La red buscaron por aquellos llanos,
Y revolvieron á la pesquería;
Hallaron en la playa por delante
Al tigre con intento semejante.

Porque, como la caza le faltase
Por dar el fiero golpe desviado,
Entre tanto que carne se hallase
Determinó cebarse con pescado;
E instinto proveyó que se guiase
Su pesca por un orden acertado,
El vientre descargando por la vera
Del agua, y en acecho puesto fuera.

Al cebo sucio que se le ponía
Cuando peje de tomo se llegaba,
En anzuelo de uñas lo cogía,
Con un gran manoplazo que le daba,
Y por entonces no se los comía;
Mas en la misma playa los juntaba,
Pareciéndole ser intentos locos
Comenzar á comer teniendo pocos.

Pero vista la gente que venía
Con gritos y con armas y gran tiento,
Desamparó la pesca que tenía,
Y no huyendo sino á paso lento,
Por entonces cesó; mas otro día
Estando mas rabioso que hambriento,
Vió, yendo por la playa mariscando,
Un joven español estar pescando.

El español, temiendo la fortuna,
Como lo vió venir determinado,
Determinó huir al alaguna,
Y el tigre se metió tras él á nado;
Con lijeros alcances importuna
Al mozo de peligros rodeado,
El cual cuando cercano dél se vía
Debajo de las aguas se metía.

Valiase de diestro movimiento
Debajo de las aguas, y nadaba,
Y cuando ya se via sin aliento,
En partes diferentes sobreaguaba;
Va la bestia feroz en seguimiento
A la parte y lugar do se mostraba;
No sabe ya dó vuelva ni qué haga
Para poder librarse desta plaga.

Andando pues así desta manera,
Rehuyendo de ser prenda y despojo,
Una vez sobreaguó junto á la fiera
Que quería pagarse del enojo;
Arronjóle la garra carnífera,
Y allí le hizo menos el un ojo;
Tornóse á zabullir incontinentemente
Y encomendóse á Dios devotamente.

Y en el punto que estaba ya dudando
De se poder salvar el buen isleño,
Acertamiento fué venir bogando,
Unos indios de paz en un gran leño;
Vieron el tigre, van tras él gritando,
Cuyo socorro fué nada pequeño,
Pues con flechas le daban tanta guerra
Que lo hicieron retirar á tierra.

El tigre desta suerte retirado,
Y por espesas matas abscondido,
Vieron al pobre mozo fatigado,
Y en la cabeza y rostro mal herido;
Fué dellos socorrido y ayudado
Y en la dicha canoa recebido:
El cual después sanó de la herida
Y tuvo que contar toda su vida.

Un negro fué después por el camino
Armado de rodela y media lanza,
Y al lado su machete vizcaíno,
Segun entonces fué comun usanza;
Luego la bestia fiera sobrevino
Con aquella rabiosa destemplanza;
Fuéle forzado pues al de Guinea
Apercebirse para la pelea.

Y al tigre ferocísimo cercano,
Que con minace gesto se ponía,
Un golpe le tiró la diestra mano
Con la mediana lanza que traía;
Fué, puesto que le dió, trabajo vano,
Porque del duro cuero resurtía;
Saltó luego con él en un instante,
Y él puso la rodela por delante.

En ella fué la bestia sacudiendo
Con mano que el mejor armés recela;
El negro va sus pasos retrayendo,
Amparándose bien con la rodela;
Ibase de los golpes deshaciendo,
E ya tenía menos una duela:
El negro se hallaba ya perdido,
Y en tres ó cuatro partes mal herido.

«Valedme, dice, vos, Rey soberano,
Favorecedme vos, Virgen entera,
Que soy hijo de rey y soy cristiano,
Indigno de morir desta manera,
No sea mi sepulcro el inhumano
Ventre de aquesta bestia carnífera.»
Acordóse luego del machete,
Que fué de su salud buen alcabuete.

Pues antes desto no se recordaba
Traello bueno y al siniestro lado,
Por ser tanta la priesa que le daba
Que lo traía muy desatinado;
Sacólo de la vaina donde estaba,
Y en el favor de Dios fortificado,
Tal golpe con sus fuerzas endereza,
Que le hizo dos partes la cabeza.

Concluyóse con esto la reyerta,
Escapando del trance trabajoso:
La carnífera bestia quedó muerta,
El negro de Gilofa victorioso;
Y porque la victoria fuese cierta,
Al pueblo, deste lance deseoso,
Llevó para señales conocidas
La cabeza del tigre y sus heridas.

Habia cirujano diligente
Que le curó los golpes de la fiera,
Mas no pudo sanar tan brevemente
Que no durase harto la carrera.
Llamábanle después Anton Valiente,
Y en hecho de verdad él se lo era.
Y por algunos días después destos
No les eran los tigres tan molestos.

Mas habia también enfermedades
De condiciones y maneras varias,
Con todas las demás necesidades
De cuantas cosas eran necesarias;
Rompiéronse también las amistades
De muchos indios que les daban parias;
No quería servir ya Juruara,
Y mató seis cristianos Arayara.

Viendo cerrado pues aquel portillo
Y del sustento del desconfiados,
Determinaron ir á descubrillo
Treinta valerosísimos soldados
Con el jurado Leiva por caudillo,
Que fue de los varones señalados;
Dos de caballo, los demás rodela,
Caminaron al Cabo de la Vela.

Descubrieron amplísimas zavas,
Aunque llenas de cardos y de espinas,
Habitadas de gentes inhumanas,
Las cuales por allí llaman cocinas,
De tan ligeras piernas y livianas,
Que son á las de ciervos muy vecinas;
Es solo su sustento y su cosecha
Lo que les puede dar el arco y flecha.

Todos enjutos, altos, gente baza,
Y nunca jamás ropa ni atavío
A sus nerviosos miembros embaraza;
Son dados al sangriento desafío;
Tan diestros en la pesca y en la caza
Que no saben soltar tiro baldío;
Animosísimos en la pelea
Contra cualquier y donde quier que sea.

En el uso de su mantenimiento,
He de varones viejos entendido
Como suelen comer el excremento,
Y que después de seco y demolido
(¡Oh muy mas que bestial entendimiento!)
Lo tornan á meter donde ha salido:
Es gente torpe, sucia, vagabunda,
E usa de comida tan inmunda.

También estas sucísimas catervas
Suelen para comer moler cardillos,
De los que se nos pegan de las yerbas,
O ya duros, ó cuando ternecillos;
Y son de condiciones tan protervas
Que no dejan regirse por caudillos,
Mas antes, el mas torpe y el mas ciego
Quiere hacer cabeza de su juego.

Hanse perdido por allí bajeles,
Y con la gente que salió perdida
Se mostraron perversos y crueles,
Pues á ninguno dellos dieron vida;
Donde los chapetones ó noveles,
Pensando de hallar buena acogida,
Les hablaban por modos cortesanos,
Siendo mejor con armas en las manos.

Que el tigre no se precia de clemente,
Y el bruto mal entiende cortesía,
Y aun antes de topar con esta gente
Mucha de la perdida perecía
De sed, por ser la tierra tan ardiente
Y mas que la que mas en Berbería:
Hay jaqueyes allí que son aguadas,
Pero rarísimas y resguardadas.

Por allí se perdió con gente harta
El fraile don Martin Calatayude,
Obispo deste reino y Santa Marta,
De quien será razon que no me mude
Sin relatar, primero que me parta,
Aquello que yo vi y entender pude
De sus peligros grandes y sus daños,
El año de cuarenta y cuatro años.

Y aunque esto fué después de la yactura
De lo que voy diciendo de presente,
No quiero que se pase coyuntura,
Sino contarla luego brevemente,
Y acabada volver á la escriptura,
Concluyendo sucesos desta gente,
Porque las amistades que profeso
Me fuerzan á hacer este digreso.

Al tiempo, y en aquellos mismos días
Que vido Blasco Nuñez el arena
De Indias, y en aquellas demasías
Cuya memoria da terrible pena,
Pasó de (Palos) un Alonso Diaz,
Piloto de la nave Magdalena,
Maestro Miguel Bóvedo demente
Y en pérdidas blasfemias insolente.

Cuya costumbre mala fué de suerte
Que después acabó como vivía,
Y Aguirre lo mató de mala muerte
En su rebelion y tiranía;
Y aun en la confusion de mal tan fuerte
Murió con las blasfemias que solía:
Este maestro pues en el navío
Usaba de su torpe desvarío.

Y el buen obispo le reprehendía
Su costumbre bestial y deshonesta,
Y el Bovedo, que muy mal lo quería,
Por la reprehension serle molesta,
Quieren decir que dijo cierto día:
«De una se libró y otra le resta,
Podría ser entrar do no saliese»;
Y no me espanto yo que lo dijese.

Mas algunos lo tienen por novela
De vulgo, que los mas libres embarga,
Yendo pues por el mar de Venezuela,
Llenas las velas y el escota larga
En demanda del Cabo de la Vela,
Do llevaban derecha su descarga,
Entraron do salida se resiste
Y en golfo que llamaron Golfo Triste.

Al salir se padece gran estrecho,
Por la corriente serles importuna,
Si no sobreviniese tiempo hecho
Que suele raras veces ó ninguna;
Y es el mayor trabajo sin provecho
Del que quiere vencer esta fortuna,
A causa de la brisa dar en frente,
Y como digo grande la corriente.

Desta navegacion mal advertidos,
Entraron en aquella pestilencia,
Y cuando conocieron ir perdidos
Valia poco buena diligencia,
Por ser de recios vientos combatidos
Con tan impetuosa violencia,
Que cuanto mayor era la tardanza,
Tanto mas se tardaba la bonanza.

Industria de la gente marinera
No faltaba de noche ni de día:
Dan bordos á la mar y á la ribera,
Pero siempre la nao decaía;
Si algo se ganaba yendo fuera,
A la vuelta de tierra se perdía;
Al fin, que sola la desconfianza
Era de sus remedios esperanza.

Venian entre muchos pasajeros
Personas graves y de mucha cuenta,
Que juntamente con los marineros
En número pasaban de setenta:
Conocí muchos destos caballeros,
Y agora la memoria representa
A Sebastián de Almeida, lusitano,
Varon bien puesto y hombre cortésano.

Fray Melchior de Pie de Concha vino,
Del obispo ya dicho compañero,
Que deste reino fué provisor dino,
Religioso y honrado caballero;
Vino Juan de Valbuena, mi vecino,
El cual hoy da valor á nuestro clero,
Pues ya cansado del discurso luengo
Se revistió del hábito que tengo.

Pues escapándonos de los rigores
Del Mavorte feroz, cruel, airado,
Hicimos lo que hacen malhechores,
Que recogerse suelen á sagrado;
Su gracia nos dé Dios y sus favores
Para llorar el tiempo mal gastado,
Porque con la mudanza del oficio
Se gaste lo demás en su servicio.

Vino Joan de Guevara, que muy caro
Fué del obispo queste mal recela;
Y allí vino también aquel Alfaro
Que fué factor del Cabo de la Vela,
De quien tiene Mompox linaje claro,
Do vive con crecida parentela
De hijas que en virtud y hermosura
Tienen aquel valor que se procura.

Estos, con la restante turbamulta
Que de salvar las vidas tienen pio,
Entraron muchas veces en consulta
Para seguir el menos desvarío;
De cuyo parecer al fin resulta,
Que diesen al través con el navío,
Y por la playa con guerrera vela
Caminasen al Cabo de la Vela.

Mas como donde votan muchas gentes
Estriba cada cual en su conceto,
Otros, en este caso diferentes,
Daban el parecer por indiscreto;
Pero sin mas mirar inconvenientes,
Dar al través pusieron en efecto,
Y ansi de ricas mercancías llena,
En tierra zabordó su Magdalena.

Vereis de grandes olas multiplicas,
Cuyos embates llegan al entena;
Vereis cómo los grandes y los chicos
Trabajan de saltar en el arena;
Vereis pobres villanos cómo ricos
Se querian hacer á costa ajena,
Quitando de las cajas cerraduras
Para sacar costosas vestiduras.

Trocaban los pellicos y zurrones,
E sayos de remiendos cuarteados,
En muy pulidas calzas y jubones,
Guarnecidos de ricos entorchados;
Y aquellos estopeños camisones
En otros por extremo bien labrados:
Cargan de seda, grana y lencería,
Y de lo que mejor les parecia.

Vereis de gentes viles y mugrientas
Hechos soldados mas que fanfarrones,
Que bien pensaban caminar por ventas
Y de hallar á legua los mesones:
Hacian los pobres falsas cuentas;
Y al fin bien parecian chapetones,
Porque guanibucanes y cocinas
Tan solamente venden flechas finas.

Al fin con todos estos embarazos
Tomaron tierra todos los perdidos,
Los mas dellos á fuerza de sus brazos,
Y todos rociados los vestidos;
Y los bateles hechos mil pedazos
De grandísimas olas embestidos,
Y la nave que todos los pertrecha
En brevisimo tiempo fué deshecha.

Va por las aguas el prolijo parto
De mil mercaderías diferentes:
Aquí viene la pipa y allí el cuarto,
Allí cajas de cosas excelentes;
Tuvieron en la playa vino harto,
Conservas y otros muchos adherentes,
Holandas y ruanes, sedas, paños,
Testigos ciertos de tan grandes daños.

Juntos todos los naufragos en tierra,
Sin salir resistencia de contrarios,
El ocio y cobardía se destierra,
Por se hallar allí consiliarios
Que nombraron oficios para guerra,
Si por ventura fuesen necesarios:
Fue de los capitan un caballero
Que iba de Panamá por tesoro.

T. IV.

El cual en guerra de indios ignorante,
Que como chapeton no la recela,
Armóse solamente de montante,
Siéndole muy mejor una rodela:
Mandó que caminasen adelante
En demanda del Cabo de la Vela,
Y el Miguel Bobedo como mas sabio
Guió por el aguja y astrolabio.

Los avisados llevan en las manos
Armas, pero también matalotaje;
Mas aquella caterva de villanos,
Contenta con haber mudado traje,
Parecía que con ir galanos
Aseguraban riesgos del viaje,
Aunque todos los mas para el camino
Llevaban barrilejos de buen vino.

Son por allí terribles los calores;
De agua no se halla nacimiento,
Y con la sed los rústicos pastores
En el fuerte licor daban sin tiento;
De manos ni de piés no son señores,
Ni aun para caminar á paso lento;
Cesaron con la noche los caminos,
Y caminaban otros desatinos.

Pues uno no hallaba quien le corra,
Aunque fuese ligero como el viento;
Otro tiene pependencias con su gorra
Porque le daba gran desabrimiento;
Otro por decir gorra dice borra,
Otro que para él son pocos ciento;
Uno lloraba y otro se reía,
Y el mas libre de todos hecho lia.

El de Guadalcanal ya despumado,
La claridad del día ya venida,
Por el obispo fué determinado
Que fuese cierta gente repartida
Para buscar por uno y otro lado
Fuente que proveyese de bebida;
Mucho cardon ballaron, mucha tuna,
Y el agua que ballaron fué ninguna.

Mas aunque todos eran chapetones,
Y en este menester de pocas mañas,
Dieron en comer fruta de cardones,
La cual les refrescaba las entrañas;
Y no salieron estas invenciones
De hombre natural de las Españas,
Mas de un indio Gonzalo que venia
De Castilla con esta compañía.

Y luego cada cual se desatina
Haciendo de su vida poca cuenta,
Por ver el gran extremo de la urina
Que no menos que muerte representa,
Pues era toda como sangre fina
Cuando de las narices nos revienta:
Quejábanse del indio don Gonzalo
Por les mostrar aquel fruto tan malo.

El indio consultor riendo dice:
«De aqueste mal no morireis ogaño,
Pues bien visteis que yo la salva hice
Sin querer eximirme deste daño;
Nadie desmaye ni se escandalice,
Ni piense ser de muerte tal engaño,
Porque presto saldreis desta fatiga,
Y al médico podreis dar una higa.»

Visto pues ya que por ningunos modos
Descubrian refugio de bebida,
Por todas las zavas y recodos
Desta tierra de mi bien conocida,
Determinaron de volverse todos
Al puerto do la nave fué perdida,
Para se proveer de mas brevaje
Y rehacerse de matalotaje.

Ven número de sedas increíble
Que el ánima de pena les traspasa,
Y el sayagués tomara lo posible
Sin que ninguno les pusiese tasa;
Mas parecióles ser mas conveniente
Cargarse de bizcocho, vino y pasa:
Que el buen obispo sabio y excelente
Dió orden al avio desta gente.

13

Prosiguen su camino como antes,
Dejando mal afortunados puertos;
Son guías las agujas mareantes,
Pero también llevaban desconciertos;
Que los pilotos diestros y bastantes
En tierra no debían ser espertos,
Pues tenían mas breve la carrera
Si la derrota bien guiada fuera.

Porque cortando con mediano tino
Aquella travesía destos llanos,
En menos de dos días de camino
Dieran en poblaciones de cristianos;
Y así por no saber y mucho vino
Perecieron allí muchos cristianos.
Pues mal podía dalles buen seguro
Con inmenso calor el vino puro.

El uno daba fin á su carrera,
Otro vian caer á poco trecho,
Quien puede socorrer menos espera
Por no mirar á mas de su provecho;
Y el que quedaba tal que no muriera,
Los indios que venían en acecho
Lo hallaban dormido de tal suerte,
Que le daban el sueño de la muerte.

El noble se media y moderaba
En el vino por orden atentado,
Y se compadecía y esforzaba
En riesgo y en trabajo tan pesado;
Pero fray Melchior ya desmayaba,
Por ser un caballero delicado,
El cual con lacrimosas turbaciones
Al obispo habló tales razones:

«Señor y padre mio, yo me quedo
Do mi fortuna triste determina,
Pues aprovecha poco buen denuedo
Donde tan gran flaqueza predomina;
No falta voluntad, pero no puedo
Llegar donde sus velos encamina,
Porque los miembros del vital meneo
Me niegan lo que pide mi deseo.

»Acabando me va la sed ardiente,
Ya descompuesta toda coyuntura;
La luz diurna mas resplandeciente
Noche se representa muy oscura;
Mi cuerpo miserable finalmente
Se queda, sin gozar de sepultura,
A ser escarnio destas gentes fieras,
O cebo de las aves carniceras.»

A nuestro buen-obispo fué molesta
La determinación del compañero,
Mas con animosísima respuesta
El paso torpe hizo mas lijero,
Diciendo: «Tal bajeza como esta
No debía caber en caballero;
Que el ánimo del noble se conoce
Cuando le da fortuna mayor coce.

»Vuestra fatiga tengo conocida,
Pena, debilidad y sed terrible;
Mas no tenéis el alma despedida,
Y el remedio no es inaccesible;
Y para conservar la cara vida
Mas habeis de hacer de lo posible:
Procurad que la muerte se detenga,
Y no la llameis vos antes que venga.

»Hágase la posible diligencia
En buscar un camino que se siga,
Que yo confío en Dios y en su clemencia
Que presto terná fin esta fatiga;
Vamos con vigilancia y advertencia,
Porque de gente amiga ó enemiga
No puede ya faltar tierra hollada,
Y rastros que nos den algun aguada.

»Y si nos viéremos en tales puntos
Que el ánima del cuerpo mortal vuele,
E ya fueren los miembros tan difuntos
Que muerte los ocupe como suele,
Ambos á dos nos quedaremos juntos
Para que uno con otro se consuele,
Y acabaremos peregrinaciones
Con santas y devotas oraciones.»

Con tal exhortación, el reverendo
Parece que cobró mejor semblante,
E ya con trompezones, ya cayendo,
Procuró de pasar mas adelante.
Por undécimo día va corriendo
Sin agua ver el triste caminante,
Y primero que viesen este día
Faltaron veinte desta compañía.

Yendo pues el cansado peregrino
Haciendo con los piés flacas mudanzas,
Y los demás guiados por el tino
Que prometen inciertas esperanzas,
Vinieron á topar con un camino
Que luego les mostró ciertas labranzas
Con maiz y con indico sustento,
Causa de crecidísimo contento.

Con un nuevo hervor incontinente,
Viendo la poca tierra cultivada,
Por una y otra parte fué la gente
En demanda del agua deseada;
Cercana se halló pequeña fuente
Que rodeó la gente fatigada,
Con tanta grita, priesa y alboroto,
Que no fué de locura muy remoto.

Uno quiere matar á quien le toca;
Otro por apartallo se le pega;
Uno mete los piés, otro la boca;
Este pudo llegar, aquel no llega;
Calla quien bebe, y otro lo provoca
A rencilla, rencor y pasión ciega;
Al fin de tantos el jaquey fué lleno,
Que presto lo hicieron como cieno.

Nunca plaza se vió tan alterada,
Al tiempo que reparten la comida
En alguna ciudad necesitada
Que es de partes estrañas proveída,
Y suele bofetón, coce y puñada
Andar también á vueltas repartida,
Cuanto fué la porfía y la batalla
Sobre el jaquey pequeño que se halla.

Pero dados ya fines al ruido,
Del primero jaquey poco distante
Otro se descubrió mas estendido,
De claras aguas lleno y abundante,
Adonde cada cual fué proveído
Para poder pasar mas adelante:
Recreóse la flaca compañía,
Mas con algun desgusto todavía.

Porque de dos cocinas atrevidos,
Cada cual dellos sagitario fiero,
Fueron en el jaquey acometidos,
Teniéndolos allí como en terrero:
Quedaron tres ó cuatro mal heridos,
Entrellos el ya dicho tesoro;
Y queriendo los nuestros alcanzillos,
Huyeron mas veloces que caballos.

Causáranles mayores aflicciones
Naturales que son deste terreno,
Si por aquestos tiempos y sazones
No tuvieran un poco de mas freno,
A causa de cristianas poblaciones
Que ya predominaban este seño,
Cebados en la rica pesquería
De perlas que esta seca costa cria.

Apercebidos pues y dada cura
A los que lastimó dura saeta,
Vieron en estos llanos un altura,
Acia do caminaron vía reta;
Y es cerro que por ser de su hechura
Los españoles le llamamos teta:
Allí tentó subir la compañía
Para mirar la mar si parecía.

E uno que subió con mejor brio
A lo alto del cerro descubierta,
Del deseado mar y su desvío
Se pudo brevemente hacer cierto;
Pues vió desde las cumbres un navio
Venir por alta mar á tomar puerto;
Derramando la vista mas apostada
Vió gente de caballo por la costa.

La placentera voz del atalaya
Puso tales espuelas este día,
Que cada cual, sin ver por dónde vaya,
Vuela acia la parte que decía:
Salieron dos mancebos á la playa,
Do vieron gente del Andalucía,
A quien contaron lo que les pasaba,
Y de la gente que detrás quedaba.

De los nobles del Cabo de la Vela
Sabida la desgracia ya contada,
Cada cual con su gente se desvela
En ir á socorrer la fatigada,
Con aquel aparato que consuela
La que suele venir necesitada;
Pues llevaron á buenos y á los malos
Caballos y gran copia de regalos.

Destos generosísimos cristianos
Lleno de caridad salió primero
Aquel varon insigne, Castellanos,
Tesoro de virtud y tesoro;
Ansimismo llevó llenas las manos
Aquel maravilloso marinero,
Bartolomé Carreño, cuya fama
Con gran loor por Indias se derrama.

Salió su hijo Francisco Carreño,
De su familia grande rodeado,
Varon cuyo valor no fué pequeño,
Antes en buenos hechos señalado,
Y que también gozó del dulce sueño
Y licor del bicipite collado,
Conociendo los flujos y reflujos
Y del cielo sus cándidos dibujos.

Salió también Alonso de Barrera,
Alonso Diaz y Pedro de Cales,
Diego de Almonte, Alonso de Herrera,
Diego Nuñez y Pedro de Rosales,
Con otros muchos que en aquella era
Se tenían por hombres principales:
Todos van con regalos escelentes
A socorrer las fatigadas gentes.

Guió con mas presteza su carrera
Un Rodrigo de Funes, negro horro,
Y hallólos á todos de manera
Que fué bien necesario su socorro,
Y no deste peligro tan afuera,
Que muchos no quedasen en el morro;
Pero pasados brevecillos puntos
Los unos y los otros fueron juntos.

El obispo fué dellos recibido
Con gran honor y justa reverencia;
El parabién le dan de bien venido,
Y el pésame del mal tan sin clemencia;
Cualquier de los demás fué socorrido
Y regalado con magnificencia;
Al pueblo los trajeron, y á posadas
De cosas necesarias preparadas.

Hicieron grandes fiestas al prelado,
Remediaron al pobre peregrino...
Mas porque yo me siento fatigado
De tan prolijo y áspero camino,
Quiero volver las riendas al jurado,
Y á Limpias, capitán, que con él vino;
Y allí descansaremos, entre tanto
Que damos orden al futuro canto.

CANTO SEGUNDO.

Donde se trata cómo el jurado Leiva y Pedro de Limpias prosiguieron adelante por las zavasas del Cabo de la Vela y Soturma, en busca de alguna gente para guías, y de lo que les sucedió con unos indios que encontraron.

La gran velocidad y la soltura
Desta gente bestial, incorregible,
A los que la verán en escritura
Yo no me espanto selles increíble;
Mas aquí se recita verdad pura
Y aquello que me consta ser posible;
Porque testigos son todos de vista
Los que dan relación desta conquista.

Es así pues que nuestra compañía,
Yendo por la zavana descubierta
Con deseo de ver alguna guía
Que les diese razón de cosa cierta,
Acaso vieron gente que venía,
Y con temor que no se les divierta,
Leiva y Pedro de Limpias se apearon
En el instante que los devisaron.

Venían cuatro bárbaros lozanos
Con cuatro hembras por zavasas rasas,
Y como devisaron los cristianos,
Enviaron las indias á sus casas:
Toman flechas y arcs en las manos,
Y en furias encendidos como brasas
A los nuestros abrevian su corrida
Con intención de les quitar la vida.

Pensaban amarrallos con cabestros
Y llevarlos á todos enlazados,
Porque con los que fueron menos diestros
Estaban por allí mal enseñados:
Salieron al encuentro, de los nuestros
Pedro de Limpias y otros seis soldados,
Hablándoles de paz con una lengua
Que los indios juzgaron ser gran mengua.

Porque pospuestos los dudosos miedos,
Juzgando su valor por muy mas fuerte,
A voces y por señas con los dedos
Siempre les respondían desta suerte:
«Sentaos en el suelo, y estad quedos
Si no queréis morir de mala muerte:
Que no seremos con vosotros bravos,
Si fuerdes en servir buenos esclavos.»

Ya sus humores el sufrir enjuga
Viendo que los pretenden para siervos,
Y así cualquiera dellos apechuga
Por vellos tan insanos y protervos;
Mas era como ir una tortuga
En el alcance de lijeros ciervos;
Solo Limpias llevó pasos mas llenos
A causa de correr con los ajenos.

Espuelas apretó tras un mozuelo
Y con el pecho pudo derriballo,
El cual se levantó luego del suelo,
Y cuando revolvió para tomallo
Se puso, no de salto mas de vuelo,
Encima de las ancas del caballo:
Por las arcas aprieta y lo lastima
Sin que lo pueda desechar de encima.

A derriballo mil veces amaga,
Por quedar vencedor en la contienda:
El Limpias no sabiendo qué se haga,
Ni cómo del muchacho se defienda,
El brazo revolvió con una daga,
Y dióle con la mano de la rienda:
El muchacho con tan atroce juego
En tierra traspasado cayó luego.

Estuvo nuestro Limpias muy á canto
De perder opinión en el viaje,
Y como nunca vieron otro tanto
Jamás en osadía de salvaje,
Quedaron todos ellos con espanto
De la velocidad y del coraje;
Y de los otros tres aun todavía
Cada cual á las armas revolvia.

Mas el Limpias, persona señalada,
Ya fuera de pacífico motivo,
Al uno derribó de una lanzada,
Y al otro del cabello trajo vivo;
El otro viendo burla tan pesada,
Huyendo se libró de ser captivo:
Y los nuestros, después guían la proa
Hacia la sierra de Coquibacoa.

Caminaron por campos descubiertos,
El indio que tomaron siendo guía,
Hasta que ya salieron á los puertos
Y bravas playas do la mar batía:
Halláronse rimeros de hombres muertos,
De mucho tiempo ya, según se vía,
Porque todos estaban consumidos,
Con no mas de los buesos y vestidos.

Al indio preguntaron, que quién era
La gente que hallaban en tal puerto:
El respondió ser gente marinera,
Que con tempestuoso desconcierto
La furia de la mar los echó fuera,
Y que de hambre y sed habían muerto:
Y que muchos también por estos llanos
Habían ellos muerto por sus manos.

Porque, yendo á buscar algún consuelo,
Si con algunos indios encontraban,
De miedo se sentaban en el suelo,
Y con halagos grandes les hablaban:
Los indios conociendo su recelo
Para hacello cierto los mataban;
Dijo: «barbudos eran y vestidos,
Mas no como vosotros atrevidos.»

Prosiguen sus caminos á la sierra,
Aquesta desventura percebida;
Hallaron sementeras en la tierra
Y en ellas mucha copia de comida:
Al encuentro salió gente de guerra,
De castellanias armas proveída,
Y toda la mas gente que venia
Era guanebucan y caquetía.

De la victoria ya tan confiada,
Segun las bravas muestras y semblante,
Que para cualquier dellos era nada
Fuerza del español que ve delante:
Piden los nuestros paz, no les agrada,
Porque el menor se juzga por gigante
Contra gente vestida, de quien piensa
Ser como los demás en su defensa.

En los náfragos míseros mostrados
Cada cual á los nuestros va derecho,
Tan atrevidos y desvergonzados
Como si todo lo tuvieran hecho;
Pero los españoles esforzados,
Movidos de grandísimo despecho,
Y de guerreras furias todos llenos,
A sus atrevimientos ponen frenos.

Aquí vereis un indio traspasado
Por pecho, por entrañas y ternillas;
Allí cabeza y brazo derribado;
Acullá jarretadas las rodillas;
Lleva gentiles brios el jurado;
Pedro Limpias hace maravillas;
Tanta priesa les dan en las contiendas
Que el pueblo les dejaron y haciendas.

Vencidas estas gentes inhumanas,
Y recogidos indios mas de ciento,
Y espadas, alabardas, partesanas,
Con otras cosas de mayor momento,
Volvieron por los campos y zavasas
Cargados indios de mantenimiento;
Llegaron á su pueblo y á sus gentes
A tiempos y á sazones convinientes.

Después de mucho tiempo consumido
En ver y trastornar aquel terreno,
Micer Ambrosio supo ser venido
A gobernar un micer Joan el Bueno;
A Coro se volvió mal desabrido
Do lo halló de su salud ajeno;
Y por morir el Joan aquel invierno
Ambrosio se quedó con el gobierno.

Ansimismo murió Luis Sarmiento,
En todas buenas partes eminente,
Y en cama no con menos detrimento
El Ambrosio también cayó doliente,
Pero determinó mudar asiento,
Nombrando á Fedrimán por su teniente;
Y después de mandar lo que convino,
A la Española hizo su camino.

Con gana de se ver convallecido
De su debilidad y enferma saña,
Teniendo desta isla conocido
A su salud no selle tan estraña,
Por haber allí siempre residido,
Factor seyendo de la gran compañía,
Y no le sucedió mal el aviso,
Pues luego tuvo la salud que quiso.

Estuvo ciertos dias donde digo
A causa de le ser la tierra sana,
Cuando de Coro fué, llevó consigo
A un Bartolomé de Santillana,
A quien después yo tuve por amigo,
Persona de valor, sagaz y urbana:
Y á este, por ser hombre diligente,
Quiso nombrar Ambrosio por teniente.

Porque del Fedrimán, por ser brioso
Y ambicioso varon de su cosecha,
Estaba grandemente sospechoso:
Y cierto no fué vana la sospecha;
Pues de la cosa que él era dudoso
Bien podia tenella ya por hecha,
Con prometer cumplir su mandamiento,
Sin hacer de la costa mudamiento.

Mas, apenas Ambrosio mudó cama,
Cuando despidió él todo reposo,
Y con aquel ardor de ganar fama,
No receló quedar por mentiroso,
Creyendo de fortuna que lo llama
A hacer algún lance venturoso;
Y así mandó juntar alguna gente,
Y dicen que les dijo lo siguiente:

«Señores: la memoria nos ofrece
Un dicho de los sabios repetido,
Y á todo buen juicio le parece
Que no debe cubrirse con olvido,
Y es este: que ningún premio merece
El hombre que se está siempre dormido;
Pues el honor, valor, riqueza, ciencia,
Se ganan con la buena diligencia.»

«Nunca se dan á flojos los honores;
Abate los mas altos la torpeza;
Caminos son derechos los sudores
Para poder llegar á gran alteza,
Y salsas de ningunos sinsabores
Los trabajos, vigiliias y aspereza;
Pues lo que se ganó con pesadumbre
Tiene después sabor y dulcedumbre.»

«Pudiera dar ejemplos de pasados
Que fueran á propósito traídos,
De pobres diligentes levantados,
De prósperos ociosos abatidos;
Taburlanes de gloria coronados;
Dionisios de corona despedidos;
Pero basta traer á consecuencia
Aquellos que se ve por experiencia.»

«El bien que la fortuna le ofrecia
Perdió Velazquez por su negligencia,
Y con Cortés usó de cortesía,
Aunque dijeron ser inobediencia;
Mas es gran vanidad y boberia
De gentes que no tienen advertencia,
Pues no fueron sus hechos soberanos
Ocasiones saltando de las manos.»

«Para poder hacer empresa bella
Ocasión de presente la tenemos,
Y no conviene desasirmos della
Recelando sucesos con estremos;
Pues en satisfaccion de la querella
Que podria tener el que tememos,
Yo me prefiero dalle tal disculpa
Que todos quedeis libres de mi culpa.»

«Cuanto mas que yo tengo por muy cierto
Que va de su salud mas apartado,
Y fué temeridad dejar el puerto
Donde pudiera ser mejor curado;
Y aun es esta la hora que está muerto
Segun lo vistis ir debilitado,
Pero de vuestro daño muerto ó vuelto,
Todos podeis dormir á sueño suelto.»

«Porque yo me daré tan buena maña,
No solo por razon, mas por derecho,
Que no solo mitigue cualquier saña,
Pero se sienta bien de nuestro hecho
Por los señores de la gran compañía,
De los cuales estoy yo satisfecho,
Que serán muy servidos y contentos
En no les dilatar descubrimientos.»

«Abreviémonos antes que se parta
Otro descubririr de menos sueño,
Pues Lerma sale ya de Santa Marta;
Por via de Cubagua va Sedeño;
Hieronimo de Orta da priesa harta
A venir con avio no pequeño:
E yo sé que terneis por cosa dura
Ser preferidos otros en ventura.»

«Inconvinientes pues asegurados,
Mi parecer sin otro repugante
Es, que pues vamos bien aderezados
Procuremos pasar mas adelante:
Podrá ser que nos llamen nuestros hados
A tierra rica, llena y abundante,
Y que solicitud buena nos eche
Donde tan gran miseria se deseche.»

«La gente principal desta frontera
Ya nos sustenta mal y con gran pena,
Y alguna por la dar á forastera
Se quedan hartas noches sin su cena:
Busquemos otra tierra mas entera
Donde podais comer á costa ajena,
Que ya la grande falta de comida
Pide con gran instancia la partida.»

«A Dios pongo, señores, por testigo
Ser para vuestro bien esto que quiero,
Y que llevais en mi fiel amigo,
Un llano capitán y compañero:
Por tanto conceded con lo que digo
Como de vuestro gran valor espero,
Y cada cual de mi se satisfaga
Que no le diré cosa que no haga.»

Dijo su voluntad, y á lo que creo
Ninguno la tenia discrepante,
Vencidos del grandísimo deseo
Que tenían de ir mas adelante;
Porque para hacer mayor empleo
Era su Fedrimán hombre bastante;
Y así de los soldados de mas cuenta
Se pudieron llegar ciento y cincuenta.

Esteban Martín, Limpias y Naveros,
Pedro de Aranguez, noble vizcaino,
Alonso Zarco, Barrios, Hontiveros,
Y el valeroso mozo Juan Florino,
Que en buenos hechos fué de los primeros;
Con ellos fué también este camino
El padre fray Vicente Requejada,
Y él me dió relacion desta jornada.

Y el buen capitán Martín de Arteaga,
Que escrita me la dió mas largamente,
Y no sé con qué lengua satisfaga
Méritos de varon tan escelente;
Pues segun su valor la mayor paga
No es ni puede ser equivalente;
El cual aun vive hoy dentro de Coro
Mas lleno de virtudes que de oro.

Fué la demás esclarecida gente,
Soldados valerosos escogidos,
Cuyos nombres llamamos de presente
Por no poder ser todos referidos:
Llevaron diez caballos solamente;
De lo demás van bien apercebidos,
Abrevian caballeros y peones
Por evitar algunos trompezones.

Caminaron al sur por barlovento
De Coro, do la gente se hallaba,
Porque por el cuartel de sotavento
El Maracaibo los desengañaba:
Siguiéron pues aquel descubrimiento
Que mas prosperidad representaba;
Atravesaron sierras en efeto
Y llegaron á Barraquicimeto.

Ameno valle ven y tierra llana,
Fértil y pobladísima ribera.
Asentó Fedrimán en la zavana
Que de su nombre dél es heredera.
Enferma lleva gente castellana
Que seguir no podia su bandera:
Dejólos con recado conviniente,
Y anduvo con el resto de la gente.

Mucha gente de indios se congrega,
De rigurosas armas proveída;
Nicolas Fedrimán con paz les ruega,
Loando su pacífica venida:
Al fin por la distancia desta vega
Fué de todos la paz bien recebida,
Y celebradas estas amistades
Socorrieron á sus necesidades.

Con todos se compone y averigua,
Descubre pueblos sin ponelle tasa,
Los indios alterados apacigua
Por hallar por allí blanda la masa;
Vido la poblacion de Hacarigua;
Aguas de Amoradore rio pasa;
De paz la tierra toda va llamando,
Algunas piezas de oro rescatando.

Llegó después con breves escuadrones
Hasta Hitibana, provincia buena,
La cual de populosas poblaciones
Estaba por allí no menos llena:
En los vecinos hay alteraciones,
Y todos ellos recibieron pena
De ver que sus labranzas y riberas
Se hollasen de gentes estrañeras.

Amenazan con béticos pertrechos,
Diciéndoles: «volved á esotra mano»,
Dándose de palmadas en los pechos,
Que son señales de furor insano;
Pero con pretension de sus provechos
Ruégales con la paz el Fedrimán:
Dicen no querer hombres en sus senos
Que no saben si son malos ó buenos.

Y del crecido número de gente
Y fieros escuadrones de desnudos,
Uno dellos hablaba solamente,
Que todos los demás estaban mudos;
Nicolao Fedrimán volvió la frente
No queriendo probar filos agudos,
Ni menos esperar golpe de flecha
A causa de la paz que deja hecha.

Que no por no tener finos aceros
Para les refrenar sus movimientos,
Pues eran él y aquestos compañeros
Enseñados en grandes rompimientos;
Mas porque el contador dicho Naveros
No dejó de hacer requerimientos,
Que no rompiese nuestra compañía
Si la de los contrarios no rompía.

Volvióse Fedrimán cuasi derecho
De do la gente flaca se quedaba;
Algunos indios iban en acecho
Con deseo de ver dónde paraba:
Imaginóse ser concierto hecho
Con otra gente que de paz estaba,
Porque cuando pasasen aquel rio
Por ambas partes diese gran gentío.

Mas el buen alemán, que sagaz era,
Como quien del asalto se recela,
Dió muestras de dormir en la ribera,
Asentó toldos, y sacó candela;
Mas el reposo fué de tal manera
Que ninguno dejó de estar en vela
Con intencion que el agua peligrosa
Pasasen con la noche tenebrosa.

Al tiempo pues que con nocturno velo
Pierden floridos campos sus colores,
Y no da resplandor el alto cielo,
Presentes oscurisimos vapores;
Cuando gozan amantes del consuelo
Que toman de sus táticos amores,
Con miedo del ejército salvaje
Orden dió Fedrimán á su pasaje.

Tácitamente cada cual soldado
Del vestido comun se desabriga;
Y como no podian hallar vado
Que con seguridad un alma siga,
Unos en balsas van, otros á nado.
Pasando con grandísima fatiga,
Y cuando luz de Febo reverbera
Hollaban ya sus piés otra ribera.

Luego con parecer de capaz vaso,
Peon y caballero bien armados
A gran priesa salieron á lo raso
Buscando los lugares escombrados,
Donde los temerosos deste caso
Se hallaron de indios rodeados
Por una y otra parte del ejido,
Pero sin alboroto ni ruido.

No levantan de arena tantos granos
Combates de terribles torbellinos,
Por playas secas ó hollados llanos
De grande cantidad de peregrinos,
Cuantos indios venian ya cercanos
Ocupando los pasos y caminos;
Y el indio que acullá habló por todos
Aquí quiso tener los mismos modos.

Con las flechas y arco muy á pique,
Se vino luego acia nuestra gente,
Diciéndoles: « Ya viene mi cacique
A daros un grandísimo presente,
Y de lo que mandó que os notifique
Podeis ver el efecto brevemente;
Dilatad algun tanto la partida
Porque mejor se guise la comida. »

Viendo los nuestros el intento loco,
Marcharon con el orden que convino.
El avanguardia guía poco á poco
Aquel Pedro de Aranguéz, vizcaíno,
Sin dar mas ocasion de la que toco:
Ya cuando comenzaba su camino,
Con agudo harpon y paletilla
Le pasaron las armas y espaldilla.

Revuelve luego no con furia poca,
Y cuando sus venganzas apareja,
Otro le secundaron por la boca
Cuya punta salió por el oreja;
A muy mayor venganza se provoca
Cobrando furias de costumbre vieja,
Y para se hacer del daño pago
Arremetió, diciendo: « Santiago!

Llevando ya la lanza levantada,
A indio hablador vido delante,
Al cual atravesó de una lanzada,
Y rompe por la gente circunstante:
La batalla cruel es comenzada;
Mire por sí la parte litigante;
Para mas mal, Aleto sale fuera
Sin quedar Thesifone ni Megera.

Estas tres furias encendieron luego
De furor infernal humanos pechos;
Aviva la pasión bélico fuego;
Vense patentes los sangrientos hechos;
Comiézase mortal desasosiego;
Hallábanse los pocos en estrechos,
Por ser tan limitada su defensa
Y la de los contrarios ser inmensa.

Mas el buen Nicolao les decía:
« ¡Ea, señores, que la gloria es nuestra,
Y este de que gozamos es el día
Para que deis á indios clara muestra
De la fuerza, vigor y valentía
De que Dios ha dotado vuestra diestra:
A ellos pues, y en el encuentro fiero
Cada cual mire por su compañero! »

Comienzan á romper por escuadrones
Con el veloz vigor de los caballos;
A las espuelas llevan los peones
Por ayudarse de ellos y ayudallos;
Suenan alborotadas confusiones;
Esfuerzan los caciques sus vasallos;
Indios aquí y allí vereis caidos,
Muertos los unos y otros mal heridos.

Sus filos las espadas allí ceban;
Empléanse los hierros de las lanzas;
El Limpias, Arteaga y el Estéban
Confunden las indianas ordenanzas;
Fedrimán y el Aranguéz allí prueban
Sus fuerzas no ser vanas confianzas;
La grita, vocería y el estruendo,
Los vaporosos aires va rompiendo.

Cercéanse narices, muelas, dientes;
Derríbense penachos á montones;
Golpes de sangre salen de las frentes;
Córtese las humanas proporciones;
Infinidad de flechas van pendientes
De las colchadas armas de algodones,
Que si no llegan á hacer heridas
Fueron de sus harpones detenidas.

Como toro que lidian los villanos,
Que ya del suelo, ya de talanquera,
Tantas garrochas salen de las manos
Que le cargan el cuerpo de madera,
Y ha menester tener los pies livianos
Quien pica siendo larga la carrera,
Pues ya por las espaldas le resuella,
Ya lo hierde, lo mata y atropella:

No menos á las partes sucedía
En aquestos recuentros porfiados,
Por ser gran cantidad de flechería
La que cuelga de sayos estofados;
Mas el de cuatro pies que los seguía,
Bufaba por espaldas y por lados,
E ya los huella, ya los desbarata,
Ya los deja caidos, ya los mata.

Andá la furiosa diligencia,
El sol arda, hierven movimientos,
Cobra mayores fuerzas la pendencia
Con indios que llegaban por momentos;
Hitivana perdía la paciencia,
Por no poder salir con sus intentos:
A voces reprehende sus alardes,
Llamándoles de viles y cobardes.

Donde manifestaba sus enojos
Era parece ser cierto repecho:
Puso Estéban Martín en él los ojos,
Y allá con gran furor rompió derecho.
Ejecutó la lanza sus antojos
Hasta salir la punta por el pecho;
Y como las entrañas le rompíese,
Al alma dan lugar por do saliese.

Aquellos que procuran de vengallo
Quedaban hechos postas y tasajos;
Tiraban dél, mas no pueden sacallo
Por se lo defender crueles tajos;
Mataron á Naveros su caballo,
Aumento de sus penas y trabajos,
Pues aunque fué valiente y esforzado,
Era para peon muy delicado.

Al tiempo pues que Febo dividía
Con sus dorados carros la carrera,
Y en aquel hemisferio repartía
En dos partes el eje del esfera,
Y la mudable sombra se metía
Ya debajo de quien la causa era,
Otro principal indio hizo falla,
Y así dejaron todos la batalla.

Pues las bárbaras gentes despedidas,
Los nuestros de quietud necesitados,
Curaron al Aranguéz las heridas,
Y á los demás que estaban lastimados,
Algunos en gran riesgo de las vidas,
Aunque todos de muerte libertados;
Y el débil de flaqueza fuerza saca
Para ir á buscar su gente flaca.

Porque por los encuentros descubiertos
Cualquier varon de término discreto
Imaginara ser ya todos muertos
Por los indios de Barraquicimeto;
Y así, como varones bien espertos,
A buscallos volvieron en efecto:
Quiso Dios que primero que llegasen
En medio del camino los topasen.

Porque para dejar aquella parte
No les faltó también discreto miedo,
Por ver andar los indios de mal arte
Y no podelles ver el rostro ledo:
Holgáronse de ver el flaco Marte,
Aunque cuasi los mas con buen denuedo;
Y juntos los cristianos escuadrones
Iban á las amigas poblaciones.

Pero poco después que se juntaron,
Yendo do piensan ser bien alojados,
En unos campos rasos encontraron
Cuatrocientos gandules bien armados:
El Limpias y el Estéban les hablaron
Como los vieron tan alborotados,
Diciendo: « Pues de paz es vuestra tierra,
¿Cómo nos recibis en son de guerra? »

« Pues mal no recibis de los cristianos,
E ya se celebraron amistades,
Apartemos las armas de las manos,
Huyamos de contrarias variedades:
Que no pide razon á pechos sanos
Pagalles con cautelas y maldades;
Y si-haceis de flechas confianza,
No menos, si no mas, pica la lanza. »

Estuvieron suspensos por un rato,
Aunque las manos puestas en la flecha;
Y así viendo los nuestros el recato,
Certificáronse de la sospecha
De ser participantes en el trato,
Y no sin culpa de la maldad hecha;
Y por tener lugar y ocasion bella,
Determinaron de valerse della.

Arremetió la gente castellana,
Los indios desterraron sufrimiento;
Los unos y los otros tienen gana,
Y así se concertó su rompimiento:
Rios de sangre van por la zavana,
Clamores rompen el lijero viento,
Inquietud llegó, huye reposo,
Recuento se revuelve sanguinoso.

Rómpense los flecheros escuadrones
Con impetu feroz de los rocines;
Impiden ya su huella los montones
De los indios que fueron mas insines:
A los restantes hacen los peones
Que viesen luego miserables fines,
Pues el cacique solo quedó vivo,
El cual del Arteaga fué captivo.

Recogieron las joyas de caidos,
Levantó corazón el mas inerte;
Quedaron de los nuestros diez heridos,
Mas ninguna herida fué de muerte.
Fué freno para muchos atrevidos
El sucedelles bien aquella suerte,
Y así los vivos, vistos los efectos,
Pacíficos vinieron y quietos.

Después de los encuentros sucedidos,
A Hacarigua guian sus pisadas,
Adonde fueron todos recibidos
Como de gentes atemorizadas;
Y de aquella provincia despedidos,
Apaciguando gentes alteradas,
Procuran ya por paz, ó ya por guerra,
Descubrir mas secretos de la tierra.

No sin recelo de guerreras tramas
Dieron en unas grandes poblaciones,
Do no faltaron amorosas llamas,
Pues por ser de tan bellas proporciones.
Le llamaron el valle de las Damas,
Con las demás ajeas condiciones
En usar de grandísima franqueza
De aquello que les dió naturaleza.

Dejadas estas gentes ya sujetas,
Yendo por un gran llano cierto día,
Oyeron tal ruido de cornetas,
Que pareció que el mundo se hundía:
No tuvieron sus ánimas quietas
Hasta bien perceber lo que sería,
Y vieron descender de unos recuestos
Innumerables bárbaros compuestos.

No multiplican áticas colmenas
Los enjambres de abejas tan poblados,
Ni revuelve la mar tantas arenas
Cuando sus vientos andan mas turbados,
Cuanto se ven aquí campañas llenas
De sagitarios fieros yesforzados,
Untados todos ellos con resina,
O mara que llamamos trementina.

Venian los caudillos de salvajes
Con diademas de oro coronados,
Encima superbisimos plumajes;
Los rostros de pinturas variados;
A las espaldas llenos los carcajes,
Los arcos en las manos preparados,
Con tan feroz y bravo continente,
Que hacían temblar al mas valiente.

Los nuestros dicen: « En lugar estamos
Do cumple que las manos apretemos. »
Pedro de Limpias dijo: « No temamos,
Ni tanta muchedumbre recelemos:
Holguemos y comamos y behamos,
Que nosotros al fin los venceremos. »
Era montañésico mal limado,
Y esto decía él medio mascado.

Como quien no bebió licor de Apolo,
Sino lo que le dió crasa Mierva;
Separatísimo de todo dolo,
Pero de condicion algo proterva;
Mas en valientes hechos tal, que solo
Bastaba para toda la caterva:
Conocilo y tratélo largamente,
Y aun á su muerte me hallé presente.

Dando pues orden nuestra compañía
A lo que deste caso sucediese,
Al indio que llevaban para guía
Preguntaron las lenguas que dijese
De quién era la gente que venia,
Por qué fines ó causa se moviese:
Que declarase bien qué cosa era:
El indio respondió desta manera:

« Sin tormento de fuego ni de agua
No receleis que la verdad os niegue;
Mas no sabré decir qué mal se fragua
Hasta tanto que ya la gente llegue;
Pero conozco ser Catimayagua
Con otro principal dicho Categue,
Y son los otros dos que veis de cara
Geoagúa y Badurajara. »

« Y no creo que vienen por venganzas
En venir unos de otros apartados:
Antes creo que vienen de labranzas,
Pesquerías ó cazas de venados;
Pero por sí ó por no, de vuestras lanzas
No vivais por ahora descuidados,
Porque si vienen ellos de mal arte,
Tengo yo de llevar la peor parte. »

Oido por los nuestros lo que toco,
Quel indio caquetio les decía,
Parecía ser consejo loco
Querer romper tan grande compañía;
Y así determinaron poco á poco
Irse quietos acia do venia,
Y los indios también sin sobresalto
Bajaron á los llanos de lo alto.

Después que ya llegaron á lo llano,
Bajando cada cual por su ladera,
Un tuerto gentil, hombre bien lozano,
A todos les tomó la delantera,
Y cerca del ejército cristiano
Con brio les habló desta manera:
« ¿ Quién sois, á qué venis, ó quién os manda?
¿ Qué designo teneis, ó qué demanda? »

Estéban respondió: « Somos cristianos,
De religiones el mejor tesoro;
Venimos en demanda de los llanos,
Y por decir verdad buscamos oro;
Somos también carisimos hermanos
Del cacique Manaure, rey de Coro. »
El indio, viendo que en Manaure toca,
Dióse ciertas palmadas en la boca.

Y luego con el rostro mas sereno
Les dijo: « Si es de paz vuestra venida,
Por ser hermanos de señor tan bueno,
Tengo por bien dejaros con la vida:
Vamos, pues así es, á mi terreno,
Do todos hallareis buen acogida,
Y de cualquier asalto de enemigo
Seguros podeis ir, pues yo lo digo. »

Aunque rieron que por tales vias
Fuesen del indio tuerto convidados,
Juntáronse con estas compañías
El dicho Fedrimán y sus soldados,
Y entre los indios fueron ocho días
Ellos y sus caballos regalados,
Y diéronles después matalotaje
Para que prosiguiesen su viaje.

Despedidos por términos urbanos,
Dieron, muy lejos ya desta frontera,
En un pueblo de chipas en los llanos,
Gente brava, feroz y carnícera.
Carne hallan asada los cristianos:
Comieron sin que sepan de quién era;
Mas ojos propios los hicieron ciertos,
Hallando piés y manos de hombres muertos.

Luego vereis estar imaginando:
Unos que ven y no quieren creello,
Otros en otra parte basqueando,
Otros para bolar mover el cuello,
Otros ó los mas dellos vomitando,
Otros meter los dedos para ello,
Otros quisieran con aquellas sañas
Abrirse con sus manos las entrañas.

Desabridos de gente tan malina
Que siempre de la paz anda huyendo,
El sabio Nicolao determina
Ir gentes mas humanas inquiriendo,
Y aun también de volver á la marina,
Valles y serranías descubriendo;
Y dieron luego por aquella via
En un pueblo de gente caquetia.

Hallaron los vecinos ser absentes,
Alzado de las casas todo ato,
Porque por tener nuevas destas gentes
Vivian con grandísimo recato;
Mas á tractar de cosas indecentes
El cacique volvió desde á buen rato,
Y sobre cierta cosa que pedía,
Al Fedrimán habló con osadia.

El dicho Fedrimán lo halagaba
Por los mejores modos que podía;
El indio con furor se desmandaba
Con una mas que loca fantasía;
Fedrimán, viendo su protervia brava,
Dióle con una caña que tenía;
El áspero gandul echando fuego
Al bosque montuoso se fué luego.

El cual con furiosos movimientos,
Por encenderse mas en el coraje,
Ciertos polvos tomaba por momentos,
Y ansimismo bebió cierto brebaje;
Hizo luego de indios llamamientos,
Da flechas al ejército salvaje,
Que las lenguas (de bien hablar desnudas)
Se traspasaban con puntas agudas.

Con esta gente que del monte saca
Con un bravo furor diciendo viene:
«Hombres de mal vivir, gente bellaca,
Que de sudor ajeno se mantiene,
Dadme sin mas tardar una hamaca,
Que no sé qué soldado me la tiene:
Donde no, bien podeis tener por cierto
Que cada cual de vos ha de ser muerto.»

El Fedrimán mandó se la buscasen,
Y sin poner escusa se la diesen:
Buscan; y como no se la hallasen,
Y los intentos malos conociesen,
A las lenguas mandó que le rogasen
Que por tan poca cosa no riñesen,
Pues otra gente de mayor pujanza
Sabia domeñar su fuerte lanza.

El indio fiero dijo: «No me espanto
De dardos ni de lanzas de hinojos,
Pues otros mas valientes forman llanto
Cuando me ven encarnizar los ojos;
Y agora, pues estamos muy á canto,
Vereis si pueden algo mis enojos:
«Aquí, tigres, aquí, gente nosciva,
Haced de suerte que ninguno viva!»

No viene con tal fuerza torbellino,
Impelido de grandes ventisqueros,
Ni en Indias aguacero repentino
Barre con tanta furia los oteros,
Cuanto furor, braveza y desatino,
Mostraron estos bárbaros guerreros:
El impetu fué tal y tan horrendo,
Que los nuestros se iban retrayendo.

Cobran los bárbaros mayores bríos,
Teniendo ya por fácil acaballos;
Ampáranse los nuestros en buhios
Hasta poder subir en los caballos.
Decía Fedrimán: «¡Aquí los míos!»
El Uriorebui: «¡Aquí, vasallos!»
Mas los de cuatro piés ya salen fuera:
Ellos harán bien ancha la carrera.

Fedrimán, Limpias y Estéban Martínez
Y Martín de Arteaga con Berrio,
Por tales vias guían sus rocines,
Que ningún golpe daban en vacío;
Y tanta prisa dan los paladines,
Que la corriente sangre hace río:
Barrios, y Joan Florín y Alonso Zarco
Cortan aquí y allí macana y arco.

Mas aunque cantidad de indios mueran,
Y vean uno y otro ya difunto,
Los vivos todavía perseveran,
Sin que de su furor aflojen punto:
Uriorebui pica tan de veras
Que ningún español se llega junto,
Y Limpias, viendo sus encuentros fieros,
A él encaminó sus piés lijeros.

Bien pensó de camino derriballo;
Mas la tal esperanza salió vana,
Por le desbaratar lanza y caballo
Con dos terribles golpes de macana;
Fingió que le huía por ceballo,
Y el indio lo siguió de buena gana;
Cambió los hierros al arzon trasero,
Y acertóle por el degolladero.

Cayó, mas no cayeron los motivos
De los que procuraban su venganza;
Pero como quedaban pocos vivos,
Quedó superior cristiana lanza,
Quisieron mas morir que ser captivos
Los que no concluyó tan gran matanza;
Pues cuatro que escaparon destas suertes
En cierta parte se hicieron fuertes.

Fueron por todas partes rodeados
De los nuestros, al modo de corona:
Serian dos docenas de soldados
Y el mismo Fedrimán por su persona,
Donde fueran sus sesos derramados
A faltar el escudo de Belona;
Mas viendo de los suyos diez heridos,
Rompió por los indios atrevidos.

Entrando por guerreros embarazos,
Alzó la maza quien sin mal recela,
Mas el buen Arteaga con sus brazos
Púsole por delante la rodela,
Que del golpe se hizo tres pedazos;
Y aunque del Fedrimán fué gran tutela,
Al Arteaga dió con tal denuedo,
Que le sacó la uña del un dedo.

Era la furia tan embravecida
Y el ánimo protervo desta gente,
Que ninguno se quiso dar á vida,
Aunque se lo rogaban blandamente;
Pero la vital trama fué rompida
Tomando los dos vivos solamente.
Fedrimán por huir otro reproche
Acordó de salir á media noche.

A tino caminaron sin señales,
En demanda de pueblos que decían;
Guiábanlos aquellos dos zagales,
Mas tan perversos eran los que guían
Que siempre los metían por breñales
Donde de sed y hambre perecían:
Trajéronlos así cinco jornadas,
Y al cabo los mataron á lanzadas.

Muertos los indios pues en la montaña,
Estéban procuró buscar camino,
Porque ninguno tuvo mejor maña,
Ni en adalid se vido tan buen tino:
El mas oculto rastro desentraña
Hasta dar con el bárbaro vecino,
Sin lo sentir la mas astuta vela,
Y oía de una legua la candela.

Yendo pues por el bosque fatigado,
Sin poder descubrir favor humano,
Pequeño ramo verde vió quebrado,
Que hizo su trabajo mas liviano;
Pues vido claramente ser tronchado,
No por irracional, sino por mano
De hombre que por esta selva iba
De los humanos tratos muy esquivo.

En aqueste compás hizo parada,
Luego con vigilancia dió rodeo,
Vido señal de pié mal señalada,
Mas tal que satisfizo su deseo;
Prosiguió por la via comenzada
Para hacer mas cierto su rastreo,
Hasta que descubrió con ojos ledos
Impreso carcañar y cinco dedos.

Prolijo rato va tras esta prenda,
O ya con la ganar, ya con perdella,
Pues para perfeccion de su hacienda
No le cumplía desasirse della:
Al fin le dió ventura cierta senda,
Do se mostraba mas patente huella;
Esperó la hambrienta compañía,
Que por señales suyas lo seguía.

Desque llegaron donde los espera,
Dadas á todos buenas esperanzas,
Tomó dellos la gente mas lijera,
Siguiendo de las trochas sus usanzas;
Y después de romper larga carrera,
Dieron en fertilísimas labranzas,
Sin grano seco, mas maiz en berza,
Do su contento tuvo mayor fuerza.

Camino se halló luego patente,
Por el cual sin ningunos alborotos
Caminaron á paso diligente,
Sin querer admitir contrarios votos;
Toparon poblacion de cierta gente,
De los que por allí llaman itotos,
Y cuando el sol cubria sus cabellos
Con voz de ¡Santiago! dan en ellos.

El pueblo se mostró de esfuerzo falto
Y turbado de grande desatino,
Por les acometer de sobresalto
Y por nunca jamás visto camino:
Al fin los mas huyeron á lo alto
Del monte que tenían por vecino;
Captivaron la gente detenida,
Y hallaron gran copia de comida.

Llegó la resta de la compañía,
De hartura y descanso bien angosta,
Velóse por el orden que solía,
Y aun otros muchos mas velan aposta;
Recogen alimento, y otro día
Tomaron el camino de la costa,
Pues para descubrir mas adelante
Juzgaban no tener gente bastante.

Y demás de la breve compañía
Amenazábalos también el agua
Y fuerza del invierno, que venía
Muy mas impetuosa que en Veragua:
Guiábalos ya gente caquetia
Del pueblo que se diz Sarasaragua;
En efecto con cantidad de oro
Salieron á la costa y á su Coro.

Por abril de quinientos y mas treinta
Con mil un año mas de los que sigo,
Llegó la dicha gente macilenta
Y el dicho Fedrimán adonde digo:
Donde micer Ambrosio representa
Ser digno Fedrimán de gran castigo,
El cual era venido sano y bueno,
Aunque desta pasion el pecho lleno.

Hizole luego cargo del esceso,
Y con prisiones estendió su saña;
Cerró para sentencia su proceso,
La cual fué de destierro para España;
Al fin él pareció preso y opreso
Ante los grandes de la gran compañía,
Donde le dejaremos por agora,
Pues para tratar dél verná su hora.

Después de pronunciada la sentencia,
Ambrosio recogió toda la gente,
Del cual quiero también hacer ausencia,
Por me sentir cansado de presente
En recontaros tanta menudencia
Cuanta veis en el canto precedente;
Pero la conclusion y paraderos
Podreis ver en los cantos venjaderos.

CANTO TERCERO.

Donde se cuenta cómo micer Ambrosio volvió, con la gente que recogió en la ciudad de Coro, al pueblo que dejó poblado en el Maracaibo, y de la entrada que hizo por aquella via.

Muchas veces el hombre con prudencia
Desastres venideros asegura,
Y muchas con tener gran advertencia
Y buscar su sazón y coyuntura,
Le vale poco buena diligencia
Por no tener propicia la ventura;
La cual cuando derrama sus regalos
Suele quitar de buenos para malos.

Porque con hombres, que razón repuna
Que hallen para bien lugar abierto;
Usa magnificencias la fortuna,
Sin consideracion y sin concierto;
Y suele la virtud estar ayuna
Sin que pueda gozar descanso cierto:
Y ansi de sus antojos hace leyes,
Eso me da con bajos que con reyes.

A Próculo dotó de gran imperio,
A Mauricio y á Tito Cornucano,
Y de pastor de vacas á Galerio
Para subir á él le dió la mano;
Puso también en grande vituperio
A Policrates y á Valeriano,
Con muchos otros mas, cuya subida
Fué grande, mas menor que su caída.

Lo cual suele hacer por estos senos
De Indias y de sus descubrimientos,
Do vimos abatidos muchos buenos
Y encaramados bajos pensamientos;
Aunque esperiencia muestra que los menos
Salieron dellos ricos y contentos,
Como micer Ambrosio, cuya historia
A muchos que son vivos es notoria.

Los cuales dicen ser varón notable
En hechos y palabras que decia,
Solicitud, conversacion loable,
Vigilancia, viveza, valentia;
Mas no le fué fortuna favorable,
Pues dentro deste reino, do venia
Con amago de próspera ventura,
A la puerta le dió la sepultura.

Agora pues para la tal jornada,
La cual aquella gran sabiduría
Para otro tenia reservada,
Hizo juntar aquella compañía,
A hambres y trabajos tan usada,
Que ya no recelaba turbio día;
Y vino con pertrechos y recado
Al Maracaibo que dejó poblado.

Halló la gente del mal afligida,
De enfermedad y hambre fatigada,
Con grandísimo riesgo de la vida,
Y de socorro ver desesperada:
Regocijéronse con su venida,
Como quien la tenia deseada;
Y á su necesidad tan insufrible
Ambrosio socorrió con lo posible.